

se reafirmaba en la condena al totalitarismo germano, especialmente peligroso —a sus ojos— en España, donde «a hombres e instituciones representativos de estas ideologías se los alaba con frecuencia y sin medida». Tal aldabonazo en un momento en que, entre otras muchas muestras de hermandad, la División Azul combatía en Rusia hombro con hombro con las tropas alemanas difícilmente podía quedar sin respuesta.

Y la respuesta llegaría a modo de montaje, en un escándalo que pondría fin a la carrera y al buen nombre del prelado calagurritano. El recurrir a escándalos de tipo sexual donde no podían llegar los métodos represivos ortodoxos no era nuevo en la persecución de sacerdotes desobedientes, empero. Sólo por citar un ejemplo, las acusaciones de índole íntima se impusieron a menudo a aquéllas de matriz política en el proceso seguido contra el sacerdote-miliciano oscense, Cándido Nogueras, en fecha tan temprana como 1937, que culminaría en el proceso sumarísimo seguido en Zaragoza el 30 de julio de 1938 contra él. Y es que la maquinaria represora era conocedora de la gran utilidad de tales acusaciones contra los clérigos; que resultaban fáciles de verter —pues entroncan con su propia leyenda negra— e imposibles de limpiar una vez habían sido pronunciadas, inhabilitándoles moralmente de cara a los fieles, a perpetuidad. Para desautorizar al obispo de Calahorra, no obstante, no repararon en medios.

Tras varios intentos fallidos de desprestigiarle, y siempre según los autores, recurrirían a elaborar el celeberrimo «Informe Reservadísimo» de 28 de agosto de 1952, en el que se relataba cómo el obispo habría sido descubierto por las fuerzas de seguridad en un burdel de Barcelona del que, además, era cliente habitual. Habiendo renunciado a su diócesis, el mitrado se refugiaría en Deusto. Una década después, cuando el Servicio Secreto Militar reiteraba en un informe la falsedad de la historia, Franco zanjaría la polémica: «esto cuanto más tarde se sepa mejor». Don Fidel, por su parte, tampoco aceptaría ningún tipo de rehabilitación que no desentrañara

el montaje, ya inflado hasta el paroxismo en los mentideros de la España gris de aquellos años. Tampoco sus superiores mostraron interés alguno por cuestionar el entramado de la intriga.

A su muerte, a los 93 años, era enterrado con la mayor vergüenza en los sótanos del seminario que él mismo impulsó, sin que nadie se hubiera atrevido a rescribir su historia. Hasta hoy, claro.

Luisa Marco Sola

MANUEL ORTIZ HERAS (COORD.)

Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la transición: Castilla-La Mancha, 1969-1979

Almud, Ediciones de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2008, 351 pp.
ISBN: 978-84-936235-6-2

El libro coordinado por Manuel Ortiz Heras, *Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la transición*, recoge una amplia panorámica política y social de lo que hoy es la Comunidad de Castilla-La Mancha durante el decenio 1969-1979. Un libro de esforzada investigación colectiva, escrito con diez miradas críticas, las de sus autores, hacia una época y unos protagonistas que dibujaron, con su acción social, el entramado de lucha contra la dictadura franquista y por las conquistas democráticas. La resultante salida a la democracia mediante un proceso de transición que hoy, en retrospectiva, es calificada por muchos historiadores como «transición amnésica», no debe hacernos caer en el error interpretativo, como denuncian las páginas de este libro, de responsabilizar a los agentes sociales, políticos y sindicales —que conformaron la vanguardia ciudadana y que contribuyeron a la dinámica de lucha y enfrentamiento contra los sectores más intransigentes de la dictadura—, de pactar, directamente, un silencio sobre el pasado represivo dictatorial y una impunidad para el subsiguiente periodo democrático que, hoy, es el nudo gordiano de lo que popularmente conocemos como «olvido de la memoria his-

tórica». Los que jugándose la vida y la libertad reclamaron en manifestaciones y protestas el necesario cambio de régimen político en nuestro país, actuaron en la confianza de las esperanzas depositadas en la continua acción contra la dictadura, forzados, también, por las limitaciones impuestas por la ruptura/reforma de las élites: de la dictadura, del instaurado estado monárquico y de la oposición antifranquista. El contexto histórico-político no deviene, pues, en 'responsabilidad colectiva' por lo que no se hizo y se pudo, quizás, hacer. Por ello, el reconocimiento a las víctimas del franquismo, objeto de responsabilidad histórica que asume la Ley de Memoria, aprobada por el gobierno del presidente Zapatero, además de un acto de justicia es, como apunta Enzo Traverso («De la memoria y su uso público», 2008) un nuevo umbral de la democratización del país.

Precisamente de los anteriores umbrales o jirones de libertad arrancados a la dictadura y durante el proceso histórico de la Transición trata el libro que comentamos, un texto donde historia y memoria se cruzan, sugiriendo interpretaciones del pasado reciente que implican pensar ese pasado desde una actitud crítica y desde su influencia en la actual configuración de la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, en temas tan discutidos, ayer y hoy, como la acción colectiva; la pasividad o indiferencia ante la dictadura; el trasvase Tajo-Segura; la conciencia regional, etc.

La multiplicidad de sujetos de la acción colectiva descrita en la monografía tiene también como objeto superar las visiones estereotipadas de la «historiografía mediática de la Transición», como apunta en la presentación del libro Manuel Ortiz, una opción analítica que genera, ineluctablemente, una anamnesia sobre el pasado que rompe clichés interpretativos cuando el análisis se acomete desde el ámbito de lo regional y local, apuesta historiográfica que explica, también, la estructura y metodología del texto: estructurado en seis capítulos, en cada uno de los cuales se aborda el estudio de los últimos años de la dictadura y los primeros de la Transición

desde el análisis del conflicto político y social, tomando como base la panorámica histórica de las cinco provincias que hoy constituyen la comunidad castellano-manchega: Albacete, a cargo de Óscar José Martín García; Ciudad Real, estudiada por Damián A. González Madrid; Cuenca, radiografiada entre la inercia inmovilista y la exigencia participativa por Miguel Ángel Peñuelas Ayllón; Guadalajara, producto de una triple autoría y responsabilidad que asumen Patricia Pociños Martínez, Juan Manuel Tieso de Andrés y Miguel Marín Merino; y, por último, Toledo, investigación acometida por Benito Díaz Díaz y César Pacheco Jiménez.

El capítulo sexto y último cierra la monografía con la contribución de José Antonio Castellanos López, dedicado a explicar los mecanismos de creación y puesta en marcha del autogobierno de Castilla-La Mancha como Comunidad Autónoma y como construcción sociopolítica de la Transición democrática. La tesis de partida de José A. Castellanos insiste en la constatación histórica de que los castellano-manchegos no reivindicaron su autonomía ni se movilaron (debido a la ausencia de conciencia regional) para conseguir su acceso al autogobierno; no obstante, el proceso autonómico no dejó indiferentes a los habitantes de las cinco provincias mientras se construyó (p. 303). La dualidad identitaria, atravesada por lo castellano y lo manchego, incidió en la ausencia de unanimidad en la identidad regional, pero con el transcurrir del tiempo, problemas relativos a la naturaleza o el medio ambiente se convertirán en agentes impulsores de la cohesión antes inexistente (p. 332), si bien a la altura de 1983 todavía Castilla-La Mancha era algo ignoto para la mayoría de sus habitantes (p. 324).

El apuntado carácter colectivo del libro no es óbice para que el mismo guarde un singular equilibrio en el necesario tratamiento de temas principales y líneas investigadoras que dan, a esta monografía, el resultado final de una escritura global y uniformadora, que muy pocos textos de esta naturaleza consiguen al-

canzar. Todos los autores citados inician sus respectivos análisis con una introducción socio-económica que sitúa al lector en los ejes de la principal actividad productiva, industrial y/o agrícola, y el subsiguiente mundo socio-laboral caracterizador de la provincia analizada; estructura sociolaboral que más adelante van a retomar cuando aborden los principales conflictos, protestas y variedad de identidades colectivas forjadas por los viejos y nuevos movimientos sociales en el espacio territorial investigado, objetivo principal del texto que reseñamos (p. 21), compartido con la valoración de la especial incidencia que en la vida cotidiana de las gentes ejercieron, también, las organizaciones informales y su derivado 'imaginario social', aspectos analíticos en los que debe profundizar el grupo de investigación que integra el Seminario de Estudios de Franquismo y Transición (SEFT) de la Universidad de Castilla-La Mancha, compromiso establecido, para ulteriores investigaciones, en la página 18 del libro.

El liderazgo del movimiento obrero en las luchas contra la dictadura (monopolizado las más de las veces por el PCE y sus células locales) y en el trayecto transicional deja paso, en las páginas del libro, al recorrido de las actividades cotidianas de múltiples formas organizativas que despliegan sus ansias de apertura desde lo lúdico y lo cultural pasando por la esfera de la actuación reivindicativa de las organizaciones de mujeres, las de los estudiantes y las de las bases religiosas, organizadas, o a título individual, como muestran las trayectorias de sacerdotes implicados en el progreso y la justicia social de sus parroquias, frente al carácter dominante del aparato eclesial enganchado al nacionalcatolicismo (remitimos, a título de ejemplo, al papel de Guerra Campos en la Diócesis de Cuenca, p. 181 y ss.). El paso de la dictadura a la democracia registra, paralelamente, el cambio de manifestaciones de *micromovilización* a una protesta menos espasmódica que aprovecha el novedoso contexto y oportunidades políticas para mostrar en toda su amplitud la nueva sociabilidad donde

confluyen movimientos vecinales, de mujeres, de jóvenes y estudiantes con trabajadores.

Dada la variedad de propuestas analíticas y temáticas, los tránsitos de la fábrica o el campo al barrio, al centro parroquial, y las luchas establecidas entre las bases políticas disidentes y populares y las jerarquías locales arropadas por los responsables del poder político en los Gobiernos civiles de las provincias analizadas, van marcando la propia cronología del libro y los distintos niveles y grados de intensidad de la protesta y de la organización colectiva: a los autores no les interesa tanto el aspecto cuantitativo de éstas como su incidencia cualitativa en la progresiva transformación de esa balsa de aceite, que podría ejemplarizar Albacete («trozo de España olvidado», denuncia su autor, Óscar J. Martín (p. 43), que de una conflictividad dispersa evoluciona en los años 1974-1976 a una situación social más convulsa, caracterizada por conflictos laborales en la capital y en significativas localidades, respondidos con la pertinaz represión franquista), en un espacio más, el castellano-manchego, que contribuye, junto al resto de localidades y grandes capitales de provincia del conjunto nacional, a erosionar las bases legitimadoras de la dictadura y a la reivindicación conjunta de la democracia, porque también «la democracia se hizo en los pueblos» (E. Nicolás, 2007), como se refrenda no sólo teórica, sino empíricamente, en este libro. Cuestión historiográfica que remite a los actores de la Transición y a su autoría, y que esta monografía atribuye a una conquista de la ciudadanía, que no concesión, como consecuencia, también, de la amplitud de formas críticas y de protesta que protagonizaron los movimientos sociales en Castilla-La Mancha en la década que transcurre de 1969 a 1979.

La amplitud de fuentes archivísticas y hemerográficas estudiadas y trabajadas, conjuntamente, con algunos testimonios orales recabados de líderes políticos y sindicales antifranquistas (si bien metodológicamente se aprecia un uso masivo de las archivísticas frente a las fuentes

orales), dibujan una panorámica exhaustiva del objeto analítico a partir de su irradiación provincial, que se traduce, a su vez, en una descripción pormenorizada del avance y la visibilidad de la acción colectiva reflejada, en muchos casos, en tablas estadísticas que recogen variables de estudio que van desde saldos migratorios a registros de asociaciones por localidades o a resultados electorales: esta ingente documentación e información seguro que será de gran utilidad para investigaciones futuras que retomen el análisis del proceso de construcción de socialización política pro-democrática frente a la adormecida y pasiva sociedad recreada de forma coercitiva por el franquismo. Porque, en efecto, el libro *Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la Transición: Castilla-La Mancha, 1969-1979*, permite el acercamiento a las complejas relaciones entre la acción colectiva y el cambio político de la dictadura a la democracia desde Castilla-La Mancha, a partir de la expansión de perspectivas de cambio exteriorizadas por diferentes sectores sociales. En localidades aparentemente sumisas y dóciles se cuestionó la viabilidad de la dictadura y su posible continuidad: Óscar José Martín traduce, a través de la reducida nómina de eclesiásticos disidentes en la diócesis albacetense, el resurgir y el compromiso de la Asamblea Diocesana del Movimiento Rural y del apostolado obrero, al tiempo que, con la ejemplificación del foco de tensión que fue Villamalea («el pueblo rojo») desde finales del franquismo, nos descubre la movilización de los pequeños agricultores de la zona, descontentos con la política agraria del franquismo. El autor llega en su análisis hasta la firma de los Pactos de la Moncloa y registra el paso al desencanto que afectó a sectores sociales y sindicales ante las nuevas estrategias de movilización de las centrales sindicales condicionadas por los acuerdos políticos de sus partidos más cercanos (p. 79), temática ésta, la del desencanto, que demanda más estudios en la producción historiográfica sobre la Transición.

La singular trayectoria de Ciudad Real, con

Puertollano como bastión de resistencia anti-franquista, es minuciosamente estudiada por Damián A. González Madrid, con especial insistencia en el desmantelamiento de la actividad emblemática de toda una comarca ligada al paralelo desmantelamiento del PCE en la zona a fines del verano de 1970. También el autor analiza el traumático cierre de las minas de Almadén y la respuesta de encierro de parte de sus trabajadores y la solidaridad vecinal, que van dejando paso a nuevas formas de conflictividad (huelga general de Paular en Puertollano a fines de 1971) que descubren la creciente pugna por la hegemonía sindical entre UGT y CCOO, un sindicalismo más difícil de incrustar en la estructura agraria provincial de Ciudad Real, muy dependiente del monocultivo vitícola y bien controlada por los resortes del vertical (p. 131), lo que junto al miedo, la represión y las prevenciones heredadas del pasado, hicieron que Ciudad Real no destacase por su activismo y radicalidad frente a la dictadura: aquí, insiste Damián A. González, «la Transición fue como fue y no como treinta años después nos hubiera gustado que fuera» (p. 135).

El análisis sobre la provincia de Cuenca, realizado por Miguel Ángel Peñuelas Ayllón, también destaca, en primer lugar, la inercia inmovilista que caracterizó a este territorio frente al franquismo, aunque el silencio, parálisis o seguidismo no fueron totales: el autor acomete el estudio de la evolución de los conflictos laborales registrados en los pueblos conquenses a partir de la sangría que provoca la emigración y que sufre el territorio, así como el liderazgo de CCOO y UGT en las nuevas formas de oposición a los marcos laborales heredados de la estructura sindical franquista; una estructura de control y dominio que se traduce en el caciquismo imperante en los campos conquenses que retrasan las concentraciones y demandas de agricultores hasta bien entrado el año 1978, y al calor de la acción del PCE. La industria de la madera y el metal, que registraron sus primeros conflictos importantes en el año mencionado, seguidos de

profesores y estudiantes al final de la dictadura, harán del «erial de la política provincial conense» (p. 159) un escenario más movilizado por la tímida ofensiva antifranquista guiada por el PCE y por la dinamización (política y social) que sobre las conciencias procuraron las asociaciones culturales, si bien aquí, en Cuenca, no surgió un significativo movimiento vecinal, pese a que en barrios populares, como San Antón y Los Tiradores, no tenían agua corriente en sus hogares a la altura de 1979. Esta inercia inmovilista se tradujo, frente a otras provincias de Castilla-La Mancha, en una escasa militancia en lo social desde los movimientos de base cristianos, si bien la excepcionalidad de los *kikos* debería reclamar una mayor atención del autor a la hora de explicar los sobresaltos que, según él, este movimiento produjo a la jerarquía eclesiástica de la Diócesis de Cuenca, conservadora y fiel al régimen franquista, como sus poderes fácticos locales, que «marginaron y minimizaron las acciones de los sindicatos obreros, asociaciones profesionales, culturales o políticas» (p. 190).

La evolución demográfica, agrícola e industrial de Guadalajara, estudiada en el capítulo cuarto del libro por Patricia Pociños, Juan M. Tieso y Miguel Marín, permite apreciar el crecimiento dual de esta provincia, la dependencia de la emigración con respecto a Madrid, y la intensificación demográfica e industrial de la capital con respecto a otras comarcas alcarreñas. El vaciado pormenorizado de las Memorias del Gobernador Civil da cuenta de los movimientos sociales y de la conflictividad laboral que en los años finales del franquismo experimentan TUDOR y VICASA, empresas que servirán de modelo huelguístico a otras de la provincia, donde la movilización y el protagonismo femeninos despuntan respecto al conjunto de la comunidad de Castilla-La Mancha, caso de LOVABLE. El variado y nutrido asociacionismo en las postrimerías de la Dictadura ofrece a los autores la posibilidad de ahondar en la expansión de la cultura democrática, decisiva para el cambio po-

lítico, labor que también secundó el clero nuevo y de ámbito rural, íntimamente implicado en las pequeñas localidades de la provincia con la idea de acercarse al pueblo, a sus necesidades y demandas. La evolución política experimentada en Guadalajara a partir de la acción de nuevas y viejas formas de oposición es un claro ejemplo de cruce de fuentes, bibliografía e interpretación que explican la llegada de sus pobladores a las elecciones municipales de 1979 otorgando la alcaldía de Guadalajara, después de 48 años, a un socialista, pese al abrumador peso de la derecha y extrema derecha capitalina (p. 236).

El último análisis realizado en el libro sobre las movilizaciones sociales tiene como espacio de estudio Toledo, investigación que acometen Benito Díaz y César Pacheco a partir de los cambios trascendentales allí experimentados entre 1969 y 1975. Llama la atención que la más importante movilización social experimentada en la provincia toledana durante los años setenta del siglo XX, manteniéndose activa en la actualidad, sea la promovida por la detracción de aguas del río Tajo para llevarlas al Levante peninsular. Los autores dan buena cuenta del sentir de los toledanos con respecto a una problemática en la que los perjuicios sociales, económicos y ecológicos en la cuenca del Tajo, traspasan la coyuntura franquista para arrear en el nuevo marco político instaurado tras las elecciones del 15-J de 1977, que permiten la paulatina recuperación de libertades en España. Otro movimiento crítico, el derivado del asociacionismo vecinal, presente en Toledo desde 1975, en las postrimerías del franquismo servirá como escuela en la que se forjaron luchadores por las libertades y la democracia (p. 252), opción política e ideológica bastante alejada de la postura ultraconservadora de la sede arzobispal de Toledo, firme partidaria del nacional-catolicismo, dirigida por Marcelo González. Los miembros toledanos de la HOAC y la JOC, junto con sacerdotes de parroquia significados por el cambio social, no tuvieron ninguna facilidad para ejecutar su compromiso

por la justicia social, frente a la intransigencia integrista y la acción política obstaculizadora de otros toledanos que, como Blas Piñar, se negaban a aceptar un discurso diferente al que «propagaban los más acérrimos defensores del régimen franquista» (p. 259). El tradicionalismo y el inmovilismo político eran la opción de la mayoría de las asociaciones religiosas con más presencia en la provincia de Toledo, que no sólo organizaban actos de contenido religioso, sino también de significativo contenido político. Serán los conflictos laborales registrados a lo largo del periodo analizado los que manifiesten signos de transformación y cambio en una provincia, Toledo, en cuya capital se forjó el mito del Alcázar, y que fue de las más inmovilistas de toda España (p. 275). También la actividad cultural, la defensa del medio ambiente, y el movimiento asociativo en el ámbito educativo contribuirán, a la larga, a combinar tradición e innovación, a fomentar la crítica y a promover, aunque tímidamente (asociacionismo femenino, por ejemplo), a nuevos sujetos colectivos, como fue la promoción de la mujer toledana, si bien siguió sujeta, mayoritariamente, al control de la Sección Femenina y a las estructuras de la dictadura. Y pese a las limitaciones de algunas de estas asociaciones y de ciertas movilizaciones sociales recogidas por los autores de la monografía a lo largo de los diferentes recorridos provinciales descritos, el balance global de todas las movilizaciones constatadas en Castilla-La Mancha durante 1969-1979 contribuyó a crear, como señala el coordinador, Manuel Ortiz, «una intensa cultura política preñada de valores democráticos» (p. 42) que sería esencial, como en el resto del Estado, para la consolidación posterior de la democracia.

Carmen González Martínez

JUAN B. VILAR, JOSEFA GÓMEZ FAYRÉN, PEDRO M.^a
EGEA BRUNO, MARÍA JOSÉ VILAR

Migración de retorno desde Europa. Su incidencia en la modernización de la Región de Murcia (1975-2005)

Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2008, 196 pp.

ISBN: 978-84-8371-769-1

Como bien es sabido, la historia contemporánea española ha estado marcada por los procesos migratorios. Al continente americano se dirigió el grueso de la llamada emigración masiva (1890-1930) y del gran éxodo transnacional que se produjo tras la Guerra Civil. Sin embargo, una serie de factores relacionados con la evolución política y social de las repúblicas latinoamericanas, fundamentalmente, así como del propio régimen franquista, posibilitaron que Europa, en pleno auge de su industrialización, se convirtiera en el principal destino de la última oleada de emigración peninsular. Las consecuencias del Plan de Estabilización, la crisis de la agricultura tradicional, la creciente sustitución de mano de obra por el capital en la industria, el aumento demográfico y la falta de libertad política en España hicieron que desde finales de 1950 más de dos millones de personas cruzaran la frontera pirenaica. Estas salidas alcanzaron uno de sus momentos culminantes en los primeros años de la década de 1960. Países como Francia, Alemania y Suiza, y en menor medida, Bélgica, Holanda y el Reino Unido, comenzaron a recibir a hombres y mujeres que ocuparon puestos de trabajo con escasa cualificación y baja consideración social. Véanse los estudios de Laura Oso (2006), Juan Bautista Vilar y M.^a José Vilar (1999) o Guillermo Díaz Plaja (1974).

Sin embargo, las variaciones introducidas en la coyuntura económica desde 1973 —crisis energética, incremento del paro, restricción de entradas de extranjeros a los países de inmigración, crecimiento económico de España, etc.— provocaron una disminución de las salidas. Además de la propia estacionalidad de estas